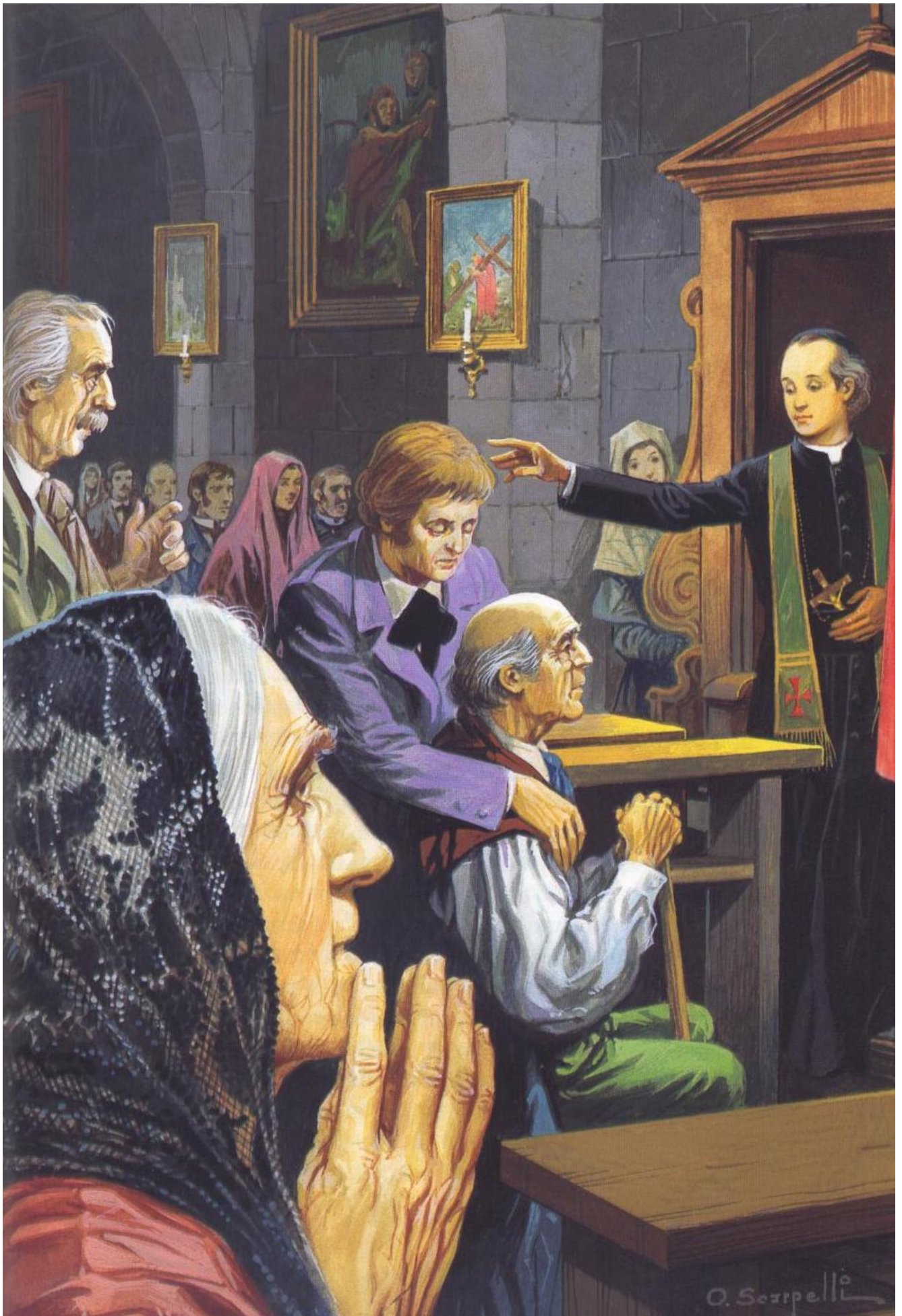


64. El Apóstol de Marche

Creemos de no equivocarnos cuando afirmamos que Gaspar dedicó a la Región de Marche no menos de un tercio de su apostolado. Sus habitantes agradecidos lo vitorearon como *“Apóstol de Marche”* y conservan todavía un recuerdo imborrable de él y una ferviente devoción. También le han dedicado una iglesia parroquial en la zona industrial de la capital, en Ancona.

En aquel tiempo, después de la Romagna, Marche fue la región del Estado Pontificio, donde pululaban sectarios y carbonarios. Camerino, hermosa ciudad, famosa por su universidad, llevaba la bandera. Los jóvenes, es bien sabido, para bien o para mal, siempre están de avanzada. También hemos señalado ya, como los insultos, peleas y atentados no lograron jamás aterrorizar, a silenciar, y detener el Santo en su camino. Él volvió allí una y otra vez, recorrió la Región a lo largo y a lo ancho, desde la capital hasta los pequeños pueblos perdidos entre las montañas o yacientes plácidamente en la costa, devorado por la sed de las almas. Dios sembró su paso a través y un sinfín de gracias y prodigios. Sigámoslo en el camino incansable en algunos lugares donde lo impulsó su ardor.

Era el año 1819 y en Caldarola: *“Desde la introducción fue tal el ruido de la Misión por las conmovedoras funciones religiosas y la impresión que en los ánimos procuraba la fuerza de la predicación, que llegaron muchos desde Camerino, Macerata y Sanseverino”*. Justo en Caldarola el Señor quiso pagarle por tantos sufrimiento con varios prodigios. Viéndose obligados a predicar al aire libre, por la multitud, antes la presencia del Obispo, de destacados del Clero y Autoridades Civiles, de repente el cielo se oscureció y empezó a bajar violentamente agua en grandes cantidades, obligando a todos con empujones a buscar amparo. Gaspar hizo una señal decidida con la mano, invitándoles a no moverse y a recitar con él un Ave María. Se arrodilló, fijando intensamente su mirada en la imagen de la Virgen, y con las manos juntas, inició la oración, a la que el pueblo respondió con devoción. ¡En pocos instantes cesó la lluvia y volvió el sereno! Gaspar había obtenido una vez más el prodigio que también en otras partes se había una y otra vez repetido.



Siempre en Caldarola un día fue llamado a la cabecera de un enfermo reducido a piel y huesos, con una voz débil y ojos hundidos. En el velador había un plato con una rebanada de jamón. Para no dar la impresión de haber ido allí para recomendar su alma a Dios, le dijo en tono de broma, enseñándole el jamón: - *Se trata bien, ¿Cierto?*

Al oír esas palabras, que sonaban casi como una burla, la esposa del paciente, se echó a llorar: - *¡Está ahí desde hace dos días! Me lo han traído los vecinos y se lo tengo bien a la vista, para animarlo a comer. Padre, hace tiempo que ya no aguanta la comida y por lo tanto la rechaza. ¡Tengo que alimentarlo como un niño!*

El Santo, conmovido, bendijo el jamón y se lo dio: - *¡Vamos, no sea caprichoso! Cómalo y sentirá cuan delicioso está.*

El enfermo se lo comió con avidez, pidió más alimentos y quiso levantarse inmediatamente. Por la noche también él también estaba en la plaza para escuchar el sermón y a narrar a sus amigos como se había producido la sanación. Concluía el cuento repitiendo siempre lo mismo: "*¡Nunca comí un jamón tan rico!*".

Teresa Cecchini durante quince años fue atormentada por un mal que le remecía la mente; huía de la casa, se arrancando la ropa con gritos salvajes y molestaba a todos. Un día la presentaron al Santo, al cual le dijeron que, creyéndola poseída, ya varias veces en vano la habían hecho exorcizar. Gaspar tomó el crucifijo que tenía en su pecho y la bendijo apoyándoselo en la cabeza. Al contacto con este la enferma se calmó y sanó para siempre. También el Rector de Caldarola, don Luca Massi, enfermo hasta el punto de perder a menudo los sentidos y yacer como muerto, sanó a una señal de la cruz.

Desde Caldarola Gaspar y sus compañeros pasaron a San Ginesio, donde, como narramos en otro lugar, obró, disciplinándose, la famosa conversión de un ex sacerdote que, incluso en su lecho de muerte, negaba recibir los sacramentos. Al finalizar la Misión, los habitantes de Caldarola lo "secuestraron" en el camino de regreso, obligándolo afectuosamente a permanecer con ellos por lo menos otro día más. Los consintió y luego, se llevó en otros pueblos, entre los cuales Castelraimondo y Sarnano. Aquí, habiendo perdido la voz y en ausencia de alguien dispuesto a reemplazarlo en un difícil sermón sobre la credibilidad de la religión católica, igualmente subió en el escenario y la voz reflorció de tal manera que "dio un discurso en voz alta y tan convincente, inspirado y

lleno celo, que, poco después, el gran maestro de la Masonería, con su prosélitos, quisieron confesarse y hacer su abjuración".

Cediendo a urgentes demandas, se fue a Moscosi, una aldea cerca de Camerino. Divulgada la noticia, llegó una "inmensidad de gentes de todas partes" y se vio obligado a predicar cada noche al aire libre.

Se había enterado de que algunos devotos, muy entusiasmados, habían preparado una serie de fuegos artificiales para hacerlos explotar como signo de fiesta después del sermón. Él se opuso firmemente porque *"tal alboroto no corresponde en tiempo de Misión"*, pero los devotos hicieron oídos sordos. Durante el sermón se desató una furiosa tormenta imprevista, pero el Santo la sedó bendiciendo el cielo con el Crucifijo. La lluvia cesó, pero sobre los fuegos artificiales siguió cayendo inexorablemente, empapándolos a tal grado que fue imposible encenderlos.

Al llegar a Esanatolia, dónde aconteció la conversión del joven libertino Domenico Loricato, ya narrada en otro momento, mientras estaba él en la mesa con sus compañeros le fue llevado ante un loco, que más de una vez había puesto en peligro la vida de otros. En primer lugar lo bendijo, y luego le entregó la carne para que comiera y el joven sanó.

La fama de los prodigios obrados por el Santo volaba en todas partes y las solicitudes de predicaciones se multiplicaron. Todos lo requerían en su propio pueblo. Él *"se sentía mortificado por tener que declinar las solicitudes"*.

Insistieron sin embargo, con mucho éxito los habitantes de Belforte, un pequeña aldea cerca Camerino. Gaspar fue allí con Betti y Valentini, porque quería demostrar que no abandonaba la gente humilde y también previendo el bien que allí habría hecho. Por la presencia de Gaspar *"¡la aldea fue sitiada por los pueblos vecinos y se convirtió en una ciudad!"*. Fueron muchas las conversiones y retractaciones, y también se verificó un gran prodigio, que nos recuerda la venida del Espíritu Santo en el Cenáculo. El pueblo pudo constatar por largo rato que lenguas de fuego se posaban sobre la cabeza del Santo durante el sermón.

En Pievetorina Gaspar predicaba los ejercicios espirituales al clero de la diócesis de Camerino, reunido en la Casa de Misión. Al llegar la noche él subió por un sendero angosto largo, empinado y pedregoso, que llevaba a Torricchio, donde lo esperaban para

el grande sermón en la plaza. Suma fue su alegría al ver que la gente del campo alineada en el sendero, dejándolo todo, se unía a él y lo acompañaba para escuchar el sermón para luego acompañarlo de regreso. Era una ulterior transparencia evangélica. La multitud tenía hambre y sed de Dios.

Los sacerdotes reunidos en retiro, santificados por medio de su palabra, pero aún más "por su vida tan alocada, casi avergonzándose de la propia inercia, se dieron a ejercer con celo su vida pastoral".

Después de Torricchio se fue a Mergo, aldea que quedó famosa en los anales de la vida del Santo, cuya memoria, incluso después de muchos años, está muy viva entre sus habitantes. Está no muy lejos de Camerino. *"La cálida palabra del Siervo de Dios y sus prodigios atrajeron grandes multitudes de los pueblos vecinos, por lo que estaba obligado a hablar siempre al aire libre". "Una noche, cuan pronto comenzó el sermón sobre Juicio Universal, por encima de su cabeza apareció una estrella brillante, de tres puntas, del tamaño poco más grande de un escudo romano, la cual permaneció durante todo el tiempo del sermón. La emoción fue general y todos lo aclamaron Santo. La estrella nunca se desvió de su cabeza, a pesar de que él se moviese constantemente en el escenario".*

Gaspar confió a sus confesores y a personas de comprobada fiabilidad y santidad, que hablando de la Virgen María, quedó más veces con sus vestiduras quemadas en la parte del corazón *"quedando incólume su persona"*. Tal era *"el ardor de su corazón hacia la Mamá Celestial"*.

El Merlini así nos narra otro prodigio acontecido en Mergo durante la misma Misión, enterándose por el Valentini y el Betti, quienes fueron los testigos. *"A un señor, cuyo hijo estaba a punto de morir, Gaspar le dijo que si hubiese confeccionado doce uniformes para la agrupación dedicada a San Francisco Javier, su hijo quedaría sanado. Ese hombre de inmediato comenzó a hacer las uniformes (llamadas sacos) y el hijo pronto comenzó a mejorarse. Pero como desistió a confeccionar por entero el número acordado, el hijo volvió a empeorar. Regresado donde el Siervo de Dios, habiéndose éste enterado de que no había cumplido con el número acordado de sacos, le ordenó de terminarlos, si quería ver a su hijo sano. De hecho los hizo, y el muchacho sanó"*.

Desde Mergo, antes de regresar a Roma, fue a una nueva Misión en Fabriano. *"Una noche Gaspar, iba anunciado la misión pasando bajo la casa de un sastre de fáciles costumbres; cuando de pronto la esposa de éste, irritada, le arrojó encima el agua hirviente de la cual había extraído los nabos cocidos".* Un grito se levantó entre los espectadores, quienes querían subir a la casa de la mujer para vengar el ultraje hecho al misionero. Gaspar los tranquilizó: *- Descuiden, no es nada. Se preocupó el Señor. ¿Lo ven? Ni siquiera me ha mojado.*

En Camerino, sobre la Cruz que había plantado en memoria de la Misión, los sectarios, en connivencia con los masones, clavaron un letrero "en tono de burla" de la Cruz y de los que de esta predicaban las glorias. Esta fue la inscripción: *Cruz digna de tener por Cristo a un Búfalo.* ¿Burla? Honores más grandes no habrían podido tributar a quién de aquella cruz había hecho el eje de toda su vida, al Apóstol que anhelaba cotidianamente ser clavado con Cristo.